

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Fernando Aínsa: *Palabras nómadas. Nueva cartografía de la pertenencia*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert (La Crítica Practicante. Ensayos latinoamericanos, 6) 2012. 220 páginas.

Cuando uno termina de leer este último libro de Fernando Aínsa, *Palabras nómadas. Nueva cartografía de la pertenencia*, no puede no pensar en esos mapas imposibles, de escala 1:1, que imaginó Borges en su brevísimo texto nómada titulado “Del rigor en la ciencia”. Ese recuerdo llega propiciado por la cantidad de nombres que transitan por las páginas de Aínsa y por la delectación con que se recorren las obras. La aparente superpoblación de ese territorio se justifica porque el de la narrativa hispanoamericana contemporánea parece en la actualidad (con metáfora a la que Fernando Aínsa le extrae toda su potencia significativa) un territorio pascaliano, con centro en cualquier parte y límite en ninguna. De ahí la *pertinencia* de este libro sobre la *pertenencia*. Profundamente portátil (signo de los tiempos), este *vademécum*, el libro de Fernando Aínsa, habla a su vez de una literatura y unos autores que se han movido por cualquier parte, marcados por el signo de una grave levedad.

El libro de Aínsa es como aquello de lo que habla, y su título define no sólo su contenido, sino su propia condición. Ese título, que recoge los de la primera y segunda parte, subraya la aportación fundamental del libro, pero soslaya, quizá injustamente, los no menos importantes recorridos de la introducción y la conclusión, de extensión sumada equiparable a los segmentos centrales del libro, con títulos no menos felices (“Interdependencias

en la narrativa latinoamericana” y “El viaje inconcluso”).

La introducción propone un cambio de paradigma, que no será ocasional: tras la literatura latinoamericana de la “independencia” (en sentido *literario*, que abarca hasta el *boom* para el autor), desde 1980 conviene hablar de la literatura de las “interdependencias”, a las que caracteriza –además de la crisis de la “identidad nacional”– el fin de la aspiración a la novela total y de la experimentación; el desgaste de la literatura política (que ya no explora ideologías, sino que si acaso perfila imágenes de la violencia); el gusto por lo “popular” en su sentido posmoderno (la música, el deporte); la tendencia a las formas breves y la inclinación hacia el absurdo; el auge de la literatura escrita por mujeres; o, por fin, la exploración de un nuevo cosmopolitismo en tensión con ciertas tendencias nacionalistas. La conclusión (o tercera parte) es paradójica, porque su título (“El viaje inconcluso”) revela que el final y la reflexión quedan abiertos. Allí explora la experiencia del viaje como búsqueda de identidad (a menudo en Europa y desde el siglo XIX) o la figura de los “descolocados”.

Tras la afortunadísima expresión “palabras nómadas” resuena, claro, el adagio latino *verba volant*: “las palabras se las lleva el viento” o “las palabras las lleva el viento”. *Scripta manent*, por su parte, tanto podría significar “lo escrito dura” como “lo escrito se estanca y no se mueve”. Aínsa explica que, en esta posmodernidad ha desaparecido la división entre la palabra pronunciada y la escrita (como han desaparecido las fronteras entre lo popular y lo culto). Ahora también “lo escrito vuela”, y la palabra para “durar” debe “moverse”.

Un objeto en movimiento supone un reto para quien pretende comprenderlo: Aínsa se da cuenta de que la indeterminación de la que procede esa dificultad se llama, en el caso de los sujetos humanos y los discursos que producen, “transterritorialidad” (p. 69). Y Aínsa nos enseña que ésta es la esencia de la literatura contemporánea, y subraya que “nada molesta más” al especialista. Más allá de la especialización, entonces, la primera parte de este libro reflexionará sobre esa transterritorialidad y sobre la extranjería (p. 73) de los personajes de los relatos que le interesan: su condición nómada; las “capitales de la diáspora” en las que ese sujeto se instala, para concluir que esta narrativa se caracteriza, en definitiva, por la pérdida de referentes nacionales y la multiplicidad de pertenencias de los sujetos. Al tiempo, llama la atención sobre la expansión de un “cosmopolitismo banal”, relacionado con el consumo, que es paralela al surgimiento de un “nuevo tribalismo” no menos inquietante.

Para captar esas palabras nómadas, se hace necesaria una ciencia rigurosa que pueda ofrecernos, al menos, unas coordenadas aproximadas. La segunda parte del libro modifica levemente su subtítulo: “Cartografías de la pertenencia”. Aun siendo la sección más breve es la que más multiplica los referentes: la relación del sujeto con el lugar de origen; escribir desde adentro o desde afuera; la construcción de espacios de elección; la lengua como la “patria portátil” (y única) del escritor; la reconstrucción del pasado (la infancia) o la realidad distorsionada por la memoria.

El sentido del término “cartografía” es aquí traslaticio, metáfora extendidísima en el discurso de las ciencias humanas y sociales desde principios del siglo XXI, pero con antecedentes ya añejos. Esta cartografía de Aínsa se inserta en el marco de

lo que ha dado en llamarse “giro espacial” (*spatial turn* o –expresión más del gusto de Aínsa– “giro topológico”) en el marco de aquellas ciencias. Pero sería injusto no recordar que Aínsa fue, a este respecto, un precursor en el ámbito hispánico, pues desde, al menos, *Los buscadores de la utopía* (1977) ya había imprimido ese “giro” en su trabajo, giro que redondea en *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa* (1986) y culmina en *Espacios del imaginario latinoamericano* (2002) y *Del topos al logos* (2006), ambos subtitulados *Propuestas de geopoética. Palabras nómadas* constituye un complemento, actualización y epítome de esas propuestas, un paso más allá necesario para la consolidación de ese paradigma geopoético en los estudios literarios hispanoamericanos.

Si en otros lugares –después de proponer como herramienta de análisis insoslayable la dialéctica entre los movimientos “centrífugos” y “centrípetos”– había recorrido ya las islas, la selva, la ciudad, el jardín o las fronteras, en *Palabras nómadas* explora el viaje (más o menos imposible), las capitales “excéntricas”, las construcciones de la imagen de nación, las “patrias a la distancia”. Después de estos trabajos de Aínsa, el espacio y las dinámicas que lo atraviesan constituyen ya un *lugar común* de los estudios literarios hispanoamericanos.

Pero en *Palabras nómadas* Fernando Aínsa cartografía un *topos* posmoderno particularmente incómodo y difícil, según ya dije: la *transterritorialidad* de autores y discursos en un universo que se mueve incansablemente entre lo global y lo local. La “pertenencia”, en ese contexto, es un concepto elusivo. En las últimas páginas de su extensa introducción se encuentra un intento de definición: “proceso de intercambios, diálogos, cruzamientos, aperturas y mestizajes” o “las interdependencias tras la independencia” (p. 62). De ese

modo, Aínsa pone de relieve una dialéctica que subyace tanto a la situación colonial como a la poscolonial (y más en su mutación posmoderna), que me atrevo a formular como sigue: *el sujeto pertenece a –está en y/o es propiedad de– un territorio que no le pertenece –que no ha incorporado y/o en el que nada posee–*. De esa tensión surgen muchas de las paradojas que articulan sobre todo la más breve y central segunda parte del libro de Fernando Aínsa (ser “marginal en el margen”, los “centros de la periferia”, “viajar de espaldas”, la “extrañeza” en lo “propio”), y que engranan con otras del final de la primera y del principio de la tercera y última (el “universalismo enraizado” o la “vuelta como auténtica ida”).

Desde luego, el libro de Aínsa deja abiertas no pocas cuestiones. Sin salirnos de los parámetros que él mismo establece podría pensarse en el lugar de una nueva narrativa política (que sin duda existe); la posibilidad de una eventual disolución del límite entre nomadismo y sedentarismo en el espacio hiperconectado de hoy en día; el renovado interés por espacios rurales o intraurbanos –los barrios, las “villas”– en un momento en que la expansión –incluso imaginaria– de la ciudad latinoamericana parece haber alcanzado un punto de saturación... O, un poco al margen de sus planteamientos, la consideración de determinadas escrituras contemporáneas de carácter híbrido como “palabras excéntricas” o, en expresión de Josefina Ludmer, ubicadas en una “posición diaspórica” respecto de la institución literaria; o incluso el interés por los “textos migrantes” que reaparecen en diferentes obras del mismo autor, verdadero nomadismo verbal...

Pero, en el fondo y para concluir, la cartografía de la pertenencia nos plantea una pregunta insidiosa: *¿quién posee qué en esos territorios en continuo desplazamiento?* Y apenas ofrece una respuesta

compleja y poco optimista: el *quién* y el *qué* de esa posesión en situación de nomadismo se definen mutuamente, porque el sujeto errante sólo posee y es poseído por una *memoria* portátil y maleable, un liviano equipaje de palabras, que Fernando Aínsa escanea meticulosamente en este libro.

Daniel Mesa Gancedo
(Universidad de Zaragoza)

Gertrudis Payàs/José Manuel Zavala (eds.): *La mediación lingüístico-cultural en tiempos de guerra: cruce de miradas desde España y América*. Temuco: Universidad Católica de Temuco 2012. 219 páginas.

Fruto del Encuentro Internacional de Historia de la Mediación Lingüístico-Cultural que tuvo lugar en Temuco en 2010 y que reunió a investigadores de Chile, Argentina y España, el libro *La mediación lingüístico-cultural en tiempos de guerra: cruce de miradas desde España y América* es una buena muestra de la cooperación interdisciplinaria para el análisis de las relaciones interculturales. Para poner sobre la mesa de discusión el tema de la mediación lingüístico-cultural, la Universidad Católica de Temuco ha dado libre acceso a la publicación electrónica¹.

Los estudios se presentan en tres grandes ejes temáticos: la Traductología y la Lingüística misional, la Filosofía y los Estudios Teológicos y la Antropología y la Historia. Los autores analizan las relacio-

¹ El libro está disponible en: <http://repositorio-digital.uct.cl:8080/xmlui/bitstream/handle/123456789/981/MEDIACION_PAYAS_2012.pdf?sequence=1>.

nes interculturales en diferentes contextos históricos y geográficos, pero situándose siempre en las zonas de contacto entre grupos culturales en situaciones de conflicto. La reconceptualización de las “fronteras” y del papel desempeñado por una gran diversidad de “mediadores culturales” son dos aspectos que han permitido asimismo integrar en los artículos publicados una reflexión sobre las indispensables traducciones.

De ahí que el interés por la traducción no sólo sea explicable por la filiación disciplinaria de algunos de sus autores (los Estudios de Traducción e Interpretación), sino también por la pertinencia de mirar más de cerca el papel las prácticas traductoras en todo contacto intercultural. Estas prácticas son consideradas bajo el espectro más amplio de la noción de “mediación lingüístico-cultural”, la misma que “abarca la traducción y la interpretación de lenguas, sus personajes, condiciones y modalidades de ejecución, orígenes y repercusiones”, así como también “las interpretaciones entre códigos comunicativos y culturales, los idearios que las han sustentado y las representaciones históricas de que han sido objeto” (Payàs 2012: 13).

La noción recoge muchas de las preocupaciones vigentes en el campo de los Estudios de Traducción y permite abordar la traducción en sus diferentes modalidades. Se trata, pues, de una noción pertinente por partida doble. Por un lado, unifica ciertas preocupaciones teóricas; por el otro, refleja las prácticas traductoras estudiadas en el libro. Gertrudis Payàs, Iciar Alonso, Marisa Malvestitti y Jesús Baigorri, por ejemplo, abordan el papel de intérpretes y traductores en diferentes contextos fronterizos, en los cuales se da cuenta del tráfico interlingüístico entre mapudungun y español, español y árabe, español y náhuatl, español y ruso, francés e inglés. Podemos asimismo encontrar ejercicios de

reflexión centrados en los aspectos hermenéuticos de las relaciones interculturales, especialmente en situaciones de conflicto. Mario Samaniego y Ricardo Salas proponen una lectura programática del pasado chileno situada en su bisagra intercultural, una lectura que bien podría traducirse en una ética del discurso que permite, a su vez, reaprender modos de negociación y de convivencia. Se abordan también casos fascinantes de traducción entre diferentes sistemas de signos o de traducción intersemiótica, como la llamaría Roman Jakobson². Ya sea que se trate de acuñar un término en mapudungun para nombrar a Dios, de conceptualizar los “parlamentos” hispano-mapuches o de traducir la cruz católica al imaginario religioso mapuche, los artículos de José Fernando Díaz, José Manuel Zavala y Jaime Valenzuela ofrecen casos paradigmáticos de prácticas traductoras que sólo pueden estudiarse como actos de mediación lingüístico-cultural, pues, en efecto, entre las transformaciones a las que se someten los símbolos que pasan de un grupo cultural al otro, no sólo está la escritura en lenguas distintas, sino la forma de nombrarlos y de asimilarlos a otro imaginario religioso.

Estudiar las prácticas traductoras como formas de “mediación lingüístico-cultural” es especialmente productivo, no sólo porque permite asir en toda su complejidad un objeto de estudio muy escurridizo, sino también porque lleva el análisis de las prácticas traductoras más allá de la búsqueda de fidelidad, o del lugar común que equipara la traducción a la traición.

Así, para Mario Samaniego, “la traducción no sólo consiste en el esclareci-

² Roman Jakobson, “On Linguistic Aspects of Translation”, en *On Translation*, R. A. Brower (ed.). New York: Oxford University Press, 1966.

miento de diversos códigos lingüísticos, sino en entender mundos culturales diferentes que involucran significados y prácticas” (p. 117). Para Salas, la traducción “no es sólo un intento de apertura sincera al otro, sino que puede ser también un modo interesado de absorber e integrar los productos culturales de los otros” (p. 123). Resituar la traducción en contextos, a menudo conflictivos, no implica idealizarla como práctica pacificadora y remedio contra la incomprensión entre los pueblos. La posición de los autores dista pues de presentar un panorama color de rosa. A este respecto, Salas advierte que “es preciso no caer en una suerte de romanticismo del encuentro sin más, ya que siempre opera el papel ideológico de las traducciones” (p. 136).

Precisamente para no obviar la dimensión ideológica de las prácticas y productos de la traducción, es necesario repensar uno de los contextos principales de todo traducir: las fronteras, puntos de cruce y franjas móviles de convivencia intercultural. Puesto que es imposible que estos espacios limítrofes queden definidos de una vez por todas, es necesario considerarlos como provisionales y sujetos a cambios permanentes. En ese sentido, Iciar Alonso advierte que estos espacios, lejos de reducirse a “marcas de carácter puramente territorial”, son “zonas de interacción, espacios dinámicos de conflictos en relación directa con los distintos modos de avance y repliegue militar, de conquista y posterior colonización religiosa y cultural” (p. 39). Del mismo modo, en su introducción, Payàs y Salas parten de la tesis según la cual “aunque tienden a la unidad e identidad, las sociedades y las culturas no son conglomerados fijos y bien deslindados” (p. 11), sino que se transforman constantemente.

No obstante la naturaleza inestable de estas zonas liminares, una sólida metodo-

logía historiográfica permite a los autores detectar de manera precisa los puntos neurálgicos de las prácticas de mediación. Así, Payàs, Alonso y Malvestitti fijan la mirada en la frontera hispano-mapuche chilena y argentina del periodo colonial. Alonso enriquece su estudio incorporando elementos de la frontera española-musulmana en la España del siglo XV, elementos que permiten observar constantes en conflictos interculturales, en particular, en lo que se refiere a la interacción interlingüística.

Una de estas constantes es el perfil de los traductores e intérpretes o mediadores culturales que las fuentes historiográficas permiten establecer. Se trata en general de personajes cuyas trayectorias sociales son complejas y los sitúan a horcajadas en las fronteras donde intervienen. En el caso de la frontera hispano-mapuche, a menudo son antiguos cautivos, miembros de órdenes religiosas, o militares a quienes el prolongado contacto con los mapuches les ha permitido aprender la lengua y fungir como mediadores. “Secretarios de cartas”, oficiales reales, mercaderes, mudéjares y judíos autóctonos en el contexto español renacentista, lenguas, lenguaraces, nahuatlats, baqueanos, amanuenses y secretarios en el contexto colonial americano, o intérpretes improvisados durante la Guerra Civil española, los mediadores retratados por los autores del libro son verdaderos “ejemplos de transculturación”, íntimamente ligados a los movimientos y acontecimientos políticos de sus contextos históricos y culturales. Baigorri menciona el ejemplo de Adelina Abramson, hija de padres rusos emigrados en Argentina al huir de una condena de los zares. En ese país, la joven aprende español y vuelve a Rusia a los 12 años. Huyendo de nuevo de los acontecimientos políticos rusos, llega a España a los 17 años donde se convierte en intérprete de ruso a español durante la Guerra Civil.

Los artículos reunidos dan cuenta, asimismo, de los atributos que los mediadores debían tener para poder intervenir como tales. De acuerdo con Zavala, un mediador en los parlamentos hispano-mapuches debía “ser reconocido como legítimo por ambas partes, poseer la autoridad y la neutralidad necesarias para actuar como garante de que lo que está comunicando o acordando es realmente lo que expresan las partes” (p. 156).

Ahora bien, las prácticas de mediación lingüístico-cultural pueden estudiarse, en parte, porque quedan huellas documentales de las mismas. Es decir, hay productos textuales concretos que han permitido a los investigadores reunidos en esta obra acercarse al fenómeno de la mediación lingüístico-cultural. Se trata de manuales y otros impresos destinados a la evangelización de los indígenas y de los archivos que conservan registros de los parlamentos hispano-mapuches. Estos documentos muestran que las prácticas estudiadas son acontecimientos profundamente ritualizados que sujetan la labor de los mediadores a códigos precisos. Así, en el contexto de los parlamentos hispano-mapuches, Gertrudis Payàs, señala que “hay un individuo nombrado exclusivamente la mediación, al que se toma juramento oficialmente al inicio del parlamento; están asimismo presentes otros individuos que también pueden ejercer como intérpretes, dado el caso, y los eclesiásticos (un nutrido grupo, por cierto) tienen la misión de velar por la fidelidad de los intérpretes a lo que unos y otros digan” (p. 27).

El *Manual o vocabulario de la lengua pampa*, analizado en el artículo de Malvestitti, también da cuenta de la interacción ritualizada entre españoles y mapuches. Concebido para que “quienes están en contacto con los indígenas, puedan traducir contenidos del español al mapuche” y viceversa, el manual propone ejemplos

de diálogos que tienen lugar en diferentes espacios de la vida pública y que van contribuyendo a fijar los roles de los diferentes actores en las nuevas sociedades. Así, se proponen diálogos entre “una mujer indígena y su patrona”, entre “una mujer y su criado indio”, en contextos de compra y venta de diversos productos; en el ámbito religioso, entre “una mujer indígena y un sacerdote” y en el ámbito militar, “entre un militar y un indígena” (p. 77).

La mirada innovadora que estas fuentes historiográficas reciben de los autores revela que la inteligibilidad mutua y la transparencia de la comunicación interlingüística en los contextos estudiados son mitos que deben reconsiderarse cuidadosamente para comprender mejor las negociaciones e interacciones que resultaron en el trazado provisional de fronteras y en la contaminación cruzada de las culturas en contacto. Conceptualizar la práctica traductora como mediación lingüístico-cultural reestablece la complejidad de los procesos de negociación y conflicto y resalta la asimetría y las difíciles condiciones en que los mediadores culturales deben ejercer sus funciones de traducción e interpretación.

Así pues, para hacer resaltar la construcción de las fronteras y analizar la vida cultural que proliferó a partir de ellas, ha sido necesario repensar las prácticas traductoras borrando otras fronteras, las que delimitan las miradas de los Estudios de Traducción, la Filosofía, los Estudios Teológicos, la Historia y la Antropología. Borrar unas fronteras para hacer que otras resurjan es mostrar que el trazo de los límites no puede ser sino provisional y que arriesgar el paso y la mirada más allá de estos no puede sino enriquecer la experiencia humana.

En los términos de Eugenio Triás, podríamos decir que los límites estudiados por los autores de este libro no solo fun-

cionan como “un semáforo rojo, indicativo de lo que es ‘imposible’ o de lo que fija una *necesidad negativa* en relación con el ámbito del poder y la posibilidad “lingüística”, sino que esos *limes* pueden ser legítimamente concebidos como territorios o franjas de naturaleza afirmativa y positiva, probada por su carácter hermenéutico, por el poder que ofrece al “decir” en cuanto a la conexión o enlace, tanto de comunicación, como de diferenciación entre lo que sucede “aquí” en el ámbito en el cual se habla y se responde, o se dialoga, y aquel ámbito, (encerrado en sí), en el cual sólo se advierte un referente de silencio”³.

Con todo, el “cruce de miradas desde España y América” propuesto por los autores queda en cierta medida pendiente. A pesar del loable esfuerzo realizado por problematizar la comunicación en zonas de conflicto, la voz cantante sigue siendo la de aquellos que han escrito la Historia. Hace falta dar la palabra a los que han quedado en ese “referente de silencio”. Estas reflexiones son un muy buen punto de partida.

Nayelli Castro

Andrea Pagni/Gertrudis Payàs/Patricia Willson (eds.): *Traductores y traducciones en la historia cultural de América Latina*. México: Universidad Nacional Autónoma de México 2011. 266 páginas.

El fenómeno de la traducción no se restringe a la mera reproducción lingüística de un texto en otro idioma, sino que implica siempre procesos transculturales. Por consiguiente, los análisis de traduc-

ción no pueden prescindir de tomar en cuenta el respectivo contexto sociológico, político, histórico e intelectual del campo literario de la cultura de llegada. La traducción debe definirse como un proceso complejo que no sólo forma parte de la historia cultural, sino que constituye un elemento fundacional de la misma. Aun así, son escasos los ejemplos en la traductología que llegan a combinar contextualizaciones sociológicas con el análisis concreto y detallado de los textos en cuestión. El volumen aquí presentado ejemplifica lo fructífero de tal procedimiento, proponiendo el objetivo de “estudiar, con base en casos concretos, funciones culturales de las traducciones, vinculándolas con sus soportes materiales y con el respectivo horizonte sociocultural de los traductores”, teniendo en cuenta, además, que la traducción nunca equivale a un proceso clausurado, sino que siempre “produce excedentes de sentido” (7).

Las primeras tres contribuciones analizan las modalidades de instrumentalización de la traducción en la cultura argentina en torno al año 1900. Andrea Pagni nos presenta el trabajo del traductor Alejandro Korn, el cual ajusta sus traducciones al objetivo pedagógico de la colección “La Biblioteca Popular de Buenos Aires”. Analizando su traducción del cuento “L’Arrabbiata”, del alemán Paul Heyse, destaca cómo lo adapta para el público popular, censurándolo en vista de la tendencia moral de la colección. Patricia Willson se concentra en las traducciones publicadas en el semanario ilustrado *Caras y Caretas*, subrayando la importancia de la estrategia traductora del asimismo argentino de origen italiano, José Ingenieros, al traducir fragmentos del poema épico “La noche de Caprera”, de Gabriele D’Annunzio. Willson contextualiza la actitud del traductor en una época marcada por la masiva inmigración italiana, la

³ Eugenio Trias, *Lógica del límite*. Barcelona: Destino, 1991; cita en p. 406.

inauguración de un monumento representando el héroe nacional italiano Garibaldi en la ciudad de Buenos Aires y la expulsión de agitadores laborales italianos de Argentina. Patricio Fontana y Claudia Roman se centran en la obra del traductor Carlos Agustín Aldao, reconocido abogado, político y diplomático argentino, así como redescubridor, a principios del siglo XX, de los *travel accounts* que varios ingleses publicaron en la primera mitad del siglo XIX. En sus prólogos para las colecciones “Biblioteca de *La Nación*” y “La Cultura Argentina”, Aldao subraya la función de los textos para el proyecto nacional, siendo éstos percibidos como verdades documentales sobre Argentina. Lo más interesante reside en la compleja traducción cultural, que consiste en “ofrecer a los lectores argentinos el punto de vista argentino sobre el punto de vista inglés sobre la Argentina”. De hecho, la estrategia traductora de Aldao consiste en acriollar, es decir, en atenuar la extrañeza del original inglés y, por ende, en eliminar la mirada extranjera.

Pasando al contexto pre y posrevolucionario de Venezuela, María Gabriela Iturriza nos ofrece un análisis de la *Gaceta de Caracas* y los textos traducidos de origen diverso que se publicaron en este periódico. Tras un detallado análisis bibliohemerográfico (complementado por un anexo de trece páginas), nos presenta el ejemplo de una sátira del redactor Pelletier publicada primero en *L’Ambigu* francés el mes de junio de 1810 para aparecer unos meses más tarde en la *Gaceta*. La traducción al castellano, enfatizada por ligeras variaciones y omisiones del texto, otorga a la Junta Revolucionaria una imagen positiva, dejando entrever la ideología a la que se suscribe el traductor. Milena Grass Kleiner, a su vez, nos introduce a la historia del teatro universitario de la Universidad de Chile, creado en la década de

1940. Muestra cómo la simple cantidad de estrenos de obras traducidas o de diferentes épocas puede interpretarse como un reflejo del régimen político en cuestión. Su análisis desemboca en una comparación de diferentes versiones de obras de Molière y Shakespeare: asumiendo los traductores/adaptadores al mismo tiempo el rol de directores, las estrategias de traducción o de reajuste de los textos forman parte de la escenificación. Paula Andrea Montoya Arango y Juan Guillermo Ramírez Giraldo nos presentan dos “embajadores culturales” que contribuyeron a la construcción de la nación de Colombia en base a sus intercambios interculturales dispares: por el lado externo, el escritor y traductor Rafael Pombo, que influyó en el contacto cultural entre su país y EE. UU., y por el lado interno, Candelario Obeso, que dio a conocer la tradición oral de los pueblos negros, mulatos y zambos del Caribe colombiano, traduciéndola al español estándar.

Mientras que la primera parte del libro se centra en el rol de las traducciones para la formación de las naciones latinoamericanas, la segunda abre el horizonte hacia otros contextos. Annie Brisset vuelve la mirada hacia la recepción de las culturas latinoamericanas en Europa. Desarrolla un panorama de contextualización extenso de la traducción francesa realizada por Gérard de Cortanze en 1976 del poema creacionista *Altazor* de Vicente Huidobro. Nos introduce a los contextos discursivos de la cultura de acogida, en este caso la Francia de la década de 1970, marcada tanto por el movimiento Oulipo como por la antipoesía de Denis Roche, tanto por la filosofía de Jacques Lacan como por el carnaval literario en pos de Mijail Bajtín, así como por el hechizo de los escritores latinoamericanos del *boom* en París.

Complementan el libro dos enfoques especiales: Clara Foz y Gertrudis Payàs

analizan el género bibliográfico como representación histórica de los universos intelectuales de su tiempo, los cuales se dejan entrever especialmente en la ausencia. Centrándose en la actualidad, Laura Fólica y Gabriela Villalba problematizan la tendencia a domesticar tanto a los traductores como al lenguaje mismo, exigiendo las editoriales latinoamericanas a los traductores y correctores el uso de un español llamado “neutro” en el sentido de idioma general, borrando así toda variedad local.

Algunas de las muy reveladoras contribuciones no profundizan la consideración de la estética de los textos en cuestión, lo cual posiblemente podría abrir aún más el argumento hacia los “excedentes de sentido” que nos anuncia la introducción. Una base teórica común, tal y como nos la presenta mediante un panorama histórico Annie Brisset, sería seguramente muy fructífera para una muy deseable futura colaboración de los científicos aquí reunidos. Al entender el proceso de traducción como movimiento transcultural permanente —una base teórica implícita en todos los artículos—, resultaría superfluo acudir al neologismo de “transductor” como nos propone María Gabriela Iturriza en su trabajo.

Este libro nos ofrece una colección de estudios profundos y remarcables que dan fe de la complejidad transcultural de los fenómenos de traducción con sus implicaciones ideológicas en el contexto específico poscolonial. Ponen en evidencia que la traducción es una clave importante, tanto en la construcción de la identidad nacional como en su cuestionamiento. Muestran, de manera convincente, la complejidad de las dinámicas sociales, culturales y políticas que subyacen a la producción y a la circulación de las traducciones, sin dejar de considerar los textos elementos clave para tales procesos. Las investigaciones aquí

reunidas destapan tesoros de la historia de la traducción latinoamericana, incluyendo la prensa, el teatro y la bibliografía como género textual, subrayando el papel determinante de los procesos de traducción en la fundación y el desarrollo sociocultural de las naciones latinoamericanas. Es decir, nos abren todo un campo de investigación a explorar.

*Dr. Vera Elisabeth Gerling
(Heinrich-Heine-Universität Düsseldorf)*

Dolores Alcaide Ramírez: *Violencia, género y migración en el Caribe hispano: Reescribiendo la nación*. New York: Peter Lang 2011. 208 páginas.

Cruces de fronteras, movimientos, y complejos desplazamientos subrayan los procesos de recontextualización de la nación, tanto en el Caribe hispano como en su diáspora en los Estados Unidos, en las obras de las seis artistas analizadas detalladamente en este sugerente volumen. Dolores Alcaide Ramírez, profesora de Estudios Hispánicos en la Universidad de Washington, Tacoma, propone “estudiar cómo negocian [las escritoras y *performers*] sus distintas identidades y cómo reescriben el concepto de nación para convertirlo en un espacio liberatorio, donde poder ejercer agencia y voz” (p. 1). Un complejo y bien estructurado esquema teórico, que incluye estudios *queer*, transnacionales y poscoloniales, permite a la autora afirmar que la violencia en las obras analizadas, se presenta como algo integral a los sistemas de opresión inscritos en la nación. Según Alcaide Ramírez, desde el XIX, con los movimientos de independencia y la aparición de las nuevas naciones latinoamericanas, la mujer ha sido usada como metáfora de la nación,

pero en un mundo cada vez más globalizado, las escritoras y artistas del Caribe hispano desafían esa nación al reescribirla con fronteras difuminadas por su constante migración y con la inclusión de miembros que han sido tradicionalmente oprimidos y posicionados fuera de ella.

El capítulo 1, Introducción, nos presenta un cuadro esquemático de la vida y obra de las escritoras que serán analizados en este volumen. El capítulo se centra en el desplazamiento y la violencia en condiciones diaspóricas, en espacios intersticiales que cruzan y entrecruzan constantemente fronteras nacionales y afectivas, mediante el análisis de las obras de Loida Maritza Pérez, escritora afro-dominicana; las cubano-americanas Achy Obejas y Ana Mendieta; Mayra Montero, cubana trasplantada en Puerto Rico; Irene Vilar, puertorriqueña; y Mayra Santos Febres, afro-puertorriqueña. En las obras de todas estas artistas, concluye Alcaide Ramírez, se reconceptualiza la nación desde una posición “privilegiada,” “en medio, entre culturas, identidades nacionales, clases sociales y razas, lo cual les permite realizar una escritura/performance que propone una negociación entre identidades múltiples, entre ‘subjetividades diaspóricas’”, pero, además, “estas mujeres proponen una reconceptualización de la nación donde el hogar ya no está localizado en un espacio geográfico definido, sino en el reino abstracto de la memoria y a veces en el no tan abstracto del cuerpo” (p. 2). La violencia, que se observa como denominador común en las obras, “adquiere muy distintas formas: violencia de género, racial, sexual, incluso contra el propio cuerpo” (p. 7). Alcaide Ramírez cuestionará entonces, a lo largo de este volumen, por qué esa obsesión manifiesta, y nos sugiere que tales violencias “permean todos los segmentos de la sociedad y son usadas para sostener jerarquías raciales, de género,

nacionales, de clase, sexuales, étnicas, generacionales, etc.” (p. 7).

El capítulo 2, “Locura, violencia y subjetividades diaspóricas en *Geographies of home* de Loida Maritza Pérez”, subraya la imbricación de estructuras represivas patriarcales como la Iglesia, la familia y el matrimonio, con la violencia, el racismo y la locura como patología femenina. En la novela de Pérez, Alcaide Ramírez encuentra una reescritura de las nociones estáticas de raza, género, sexualidad e identidad nacional; proceso que se yuxtapone a la violencia “a la que se ha sometido el cuerpo de la mujer afrohispana en los Estados Unidos” (15). Pérez autodestruye violentamente los cuerpos de las protagonistas para criticar cómo el patriarcado nacionalista y religioso dominicano, así como el estadounidense, en conjunción con las políticas raciales inscritas en los conceptos esencialistas de las naciones, llevan a las protagonistas al borde del suicidio, dentro de las experiencias traumática de un sobrevivir a condiciones hegemónicas represivas.

El capítulo 3, “Subjetividades diaspóricas, mestizaje y la recanibalización del Otro en *Como un mensajero tuyo* de Mayra Montero y la obra de Ana Mendieta”, analiza cómo se negocian las identidades afro-china-cubanas, la alteridad y la ‘canibalización’ del Otro a través de la violencia. Alcaide Ramírez propone un análisis de obras dispares, visuales y literarias, pero que se imbrican a través de las experiencias exílicas de las autoras. Por un lado, Mayra Montero “aboga por una identidad transnacional/pancaribeña donde el Caribe se define como ‘a state of mind’, como una unidad y un conjunto de sensibilidades, tradiciones y casi una manera de ser en la que el exilio resulta menos doloroso, menos traumático” (49). Por otro lado, en la obra de Ana Mendieta, Alcaide Ramírez ve la dislocación traumá-

tica que produce abandonar una isla caribeña, la lengua y el trópico y la familia, para reconstruirse en condiciones exílicas ajenas y violentas. Mendieta, que utilizaba las siluetas y excretas de su propio cuerpo en las obras/performance, se cuestionó insistentemente las categorías binarias de género y sexualidad que marcaron su cuerpo durante su corta vida. Ambas autoras, concluye Alcaide Ramírez, coinciden en la recanalización del Otro mediante la reapropiación de elementos de las culturas africanas como forma de subversión del poder colonizador y exotizador de Occidente, y la comodificación de prácticas culturales y cuerpos-otros por parte de las élites intelectuales occidentales (p. 77).

El capítulo 4, “Mayra Santos Febres y Achy Obejas: diásporas *queer*, música y violencia”, introduce las cuestiones *queer* y el travestismo cultural, en la deconstrucción de la familia patriarcal y el mito del amor romántico. Alcaide Ramírez comienza afirmando que “tanto en las comunidades diaspóricas en los Estados Unidos como en la propia Latinoamérica, no hay espacio para los latinos/as *queer*, los cuales en todo caso quedan arrinconados en el armario” (p. 88). Si bien dicha aseveración es como mínimo discutible, la autora propone que consideremos que, como parte de las violencias ya narradas, pensemos cómo los “romances nacionales y la heterosexualidad” hegemónica que fundó las naciones forzaron a los sujetos *queer*, quienes salían de las “normas” prescritas por las estructuras patriarcales como la familia y la Iglesia, a los márgenes de la fabricación de la nación. Las novelas analizadas en este capítulo introducen la música, en géneros híbridos como el bolero y el mambo en particular, “como estructura y/o metáfora” de lo *queer* (89). Travestismo, multivalencias étnicas y raciales, desplazamientos y rupturas, marcan el resto del capítulo.

El capítulo 5, “Trauma, locura, nación y escritura del yo en *The Ladies' Gallery* de Irene Villar”, se enfoca en las cuestiones idiomáticas y la traducción en los límites de la nación. Como en los capítulos anteriores, el movimiento, los desplazamientos transnacionales, marcan las obras analizadas. En la obra de Villar, Alcaide Ramírez analiza cómo la escritura del ‘yo’, en una suerte de autobiografía empleada por la autora, propone terminar con la violencia de la opresión colonial: una literatura en movimiento “rompe con las convenciones del género autobiográfico” y “señala la puesta en escena y la crítica de los sistemas hegemónicos opresivos inscritos en el concepto de nación” (p. 145). De nuevo y como vimos antes, suicidio y autoexterminio marcan la obra de Villar. El suicidio genera traumas violentos y la escritura servirá como terapia; pero “[a] la mujer que se resiste a ser definida” por los sistemas hegemónicos de control médico que intentan controlar el funcionamiento de su cuerpo, la redefinirán como “loca” y será recluida en sanatorios para corregir su comportamiento antinormativo.

El capítulo 6, Conclusión, se convierte en una necesaria recapitulación con énfasis en los conceptos de nación que manejan las artistas del Caribe hispano y su diáspora a fines del siglo xx. Ricas en ambigüedades y contradicciones, las obras analizadas subrayan el exilio, las migraciones y los desplazamientos constantes que han reimaginado los bordes cada vez más difusos de las naciones en condiciones de globalización neoliberal. Las autoras, de una manera u otra, “se identifican [por ende] con una o varias naciones y sus obras recurren a la historia, la cultura y las experiencias de sus vidas diarias en condiciones diaspóricas.

Éste es un volumen sumamente útil para quienes trabajamos en los campos de

los estudios diaspóricos, *queer* y caribeños en general, sobre todo porque al analizar las representaciones que de las múltiples violencias contra la mujer y las reescrituras dinámicas de la nación realizadas por las “escritoras del Caribe hispano y su diáspora” (177) se sitúa al sujeto femenino en el centro de los debates sobre las naciones contemporáneas en tiempos de globalización; cuestionándose, como muestran las autoras analizadas, cómo se reimaginan y cuestionan políticas de raza, etnicidad, género, sexualidad y clase en condiciones diaspóricas complejas y mutantes.

Pedro P. Porbén
(Bowling Green State University)

Graciela Salto (ed.): *Ínsulas y poéticas. Figuras literarias en el Caribe*. Buenos Aires: Biblos 2012. 235 páginas.

Para la Real Academia Española una “isla” es “una porción de tierra rodeada de agua por todas partes”. Aplicada esta sencilla definición a las Antillas, las consideraciones sobre su identidad se complican. La peculiar ubicación hemisférica del Caribe potenció su papel en la encrucijada colonial y transformó sus imágenes en potentes generadores de discursos, relatos y ficciones. ¿Cómo dar cuenta de una comunidad cultural formada por un conjunto de islas atravesadas por múltiples lenguas, etnias y regímenes políticos? ¿Cómo se articula un relato de pertenencia identitaria cuando exilio, esclavismo, trata y desarraigo son las marcas visibles de su cultura y su literatura? Se trata de una formación cultural tan heterogénea como proteica que, desde la secular figura de la ínsula utópica, oscila hasta las más recientes elucubraciones sobre la dispersión nómada.

Los estudios reunidos en *Ínsulas y poéticas. Figuras literarias en el Caribe*, editados por la Dra. Graciela Salto, autora también de uno de los ensayos, exploran, desde distintas perspectivas, el entramado de poéticas y narrativas del Caribe en constante transformación. De las ínsulas al archipiélago, se tratan las herencias coloniales, las memorias de la escritura y de la oralidad, el insularismo, la transculturación y el desasosiego incierto del presente. Los once capítulos del volumen, producidos por docentes e investigadoras de varias universidades públicas argentinas, abordan un escenario de extrema productividad crítica y simbólica. Agrupados en tres apartados, “Las poéticas de la memoria insular”, “Las poéticas de la lengua” y “Las poéticas de la tradición”, los une un sólido andamiaje teórico y el manejo de categorías y procedimientos de análisis apropiados a la especificidad cultural caribeña. En sus abordajes, Cuba y Puerto Rico son las cartografías más transitadas, estableciendo líneas de diálogo con el Caribe francófono y anglófono y proponiendo, las propias investigadoras, la necesidad de una indagación más extensa en torno a estas poéticas.

Los estudios abordan las propuestas literarias de varios autores latinoamericanos, con una eficaz configuración de los contextos intelectuales y culturales en los que se inscribe la producción artística de cada uno de ellos: Edgardo Rodríguez Juliá, Guillermo Rosales, Severo Sarduy, José Kozler, Fernando Ortiz, José Lezama Lima, Leonardo Padura Fuentes y Elizam Escobar. Se trata de enfoques enriquecedores de escritores del canon cultural caribeño —y que simultáneamente lo acicatean—, junto al de otros intelectuales que operan en fuerte tensión con los contextos cubanos y puertorriqueños, tal como se advierte en los casos de Guillermo Rosales y Elizam Escobar.

En el primer apartado, “Poéticas de la memoria insular”, Mónica Bernabé se concentra en varias de las figuras de la insularidad —el hombre, la tierra y la casa—isla— que, a partir de las exploraciones étnicas e ideológicas de las poéticas caribeñas de 1930, fueron anticipando el deslizamiento actual de la noción de *transculturación*, acuñada por Fernando Ortiz en esa época, hacia la *Poética de la relación*, propuesta en las últimas décadas por Édouard Glissant. Bernabé inscribe la problemática del insularismo en el trazado de las complejas fronteras étnicas, lingüísticas y sociales. De esta manera, ve en el insularismo “un sitio discursivo en el que se leen las relaciones culturales entre los sectores hegemónicos y los subalternos, entre la alta cultura y la cultura popular” (22). Ingresan, por lo tanto, a su lectura algunas propuestas del movimiento de la negritud poética de Luis Palés Matos, con *Tuntún de pasa y grifería* (1937) y *Cahier d’un retour au pays natal* de Aimé Césaire (1939), ambos, ejemplos de la transculturación poética que efectuó la vanguardia antillana. A su vez, se detiene en los estudios de Franz Fanon en *Piel negras, máscaras blancas*, sobre la constitución de la subjetividad del colonizado a partir de la mirada del colonizador. ¿Qué formas de representación adopta la insularidad negra? En ese contexto, Bernabé plantea la necesidad de una indagación más abarcadora de las poéticas antillanas con la inclusión de autores de las Antillas anglófonas.

Gabriela Tineo y Carolina Sancholuz dedican sendos estudios a la obra de Edgardo Rodríguez Juliá. En el primero de ellos, Tineo aborda la dimensión utópica de la ciudad libertaria que se representa en *La noche oscura del Niño Avilés* (1984). Crítico ante los silencios de la historiografía que sirvió a su formación, encarada en el procerato y la descripción

de acontecimientos desarticulados, y deudor de las perspectivas de análisis abiertas por la renovación teórica y metodológica de la “nueva historiografía” sobre los años setenta, Rodríguez Juliá encuentra en el repliegue de sus novelas ambientadas en el siglo XVIII el movimiento propicio para alterar los contenidos de la memoria histórica, articulada en torno de la carencia de una vigorosa épica fundacional de la historia colectiva de Puerto Rico.

Tineo lee en *La noche oscura del Niño Avilés* la edificación de una versión de los orígenes disidente de la versión oficial. Si en Puerto Rico, cuya sujeción a la Corona española habrá de mantenerse hasta fines del siglo XIX, no hubo grandes levantamientos de esclavos y las revueltas no fueron exitosas, la novela activa una operación contrafactual de alcances profundamente reparadores. Abordados soslayadamente por la historia oficial, el mundo negro, cimarrón y las rebeliones de esclavos cobran en la novela un relieve desacomunado. Las tensiones entre las utopías del pasado y las distopías del presente son señaladas por Carolina Sancholuz. Allí se ponen en relación las figuras pergeñadas por Rodríguez Juliá en los textos reunidos con el título de *Caribeños* y las premisas de Antonio Benítez Rojo sobre la diseminación espacial y significativa del archipiélago, las de Arcadio Díaz Quiñones acerca de la acechanza de la disolución, las de Ana Pizarro sobre las identidades diaspóricas y las de Glissant acerca de los vínculos relacionales. Una interesante travesía por los núcleos que recorren los textos de Rodríguez Juliá y sus articulaciones con la densa red de producción teórica sobre el Caribe y sus literaturas. Elsa Noya cierra el apartado con un riguroso análisis de los debates protagonizados por el artista plástico, escritor y docente, Elizam Escobar, acerca de la pertinencia de las categorías vigentes para comprender la

excepcional situación colonial puertorriqueña. Acusado por el gobierno estadounidense de participar en el movimiento clandestino para la independencia de Puerto Rico y sentenciado a varias décadas de prisión, Escobar inicia una serie de intervenciones teóricas desde la prisión que, una vez excarcelado, continúa desde su residencia en Puerto Rico. Noya lee en estos textos la fuerza utópica y liberadora de sus categorías de *transfixión* y *econarcisismo*. Ambas se asocian a la fuerza subversiva de lo político de la imaginación, en donde el artista construye su papel social en el contexto de la experiencia colonial puertorriqueña.

La pregunta ante la incertidumbre colonial genera caminos disímiles en el caso de Rodríguez Juliá y en Escobar. Desde la utopía cimarrona dieciochesca hasta la postulación del arte como estrategia liberadora, se abren renovadas posibilidades de exploración.

Los dos bloques que completan el volumen abordan distintas modulaciones de las líneas temáticas anteriores, centrados en la literatura cubana de las últimas décadas. Celina Manzoni analiza la problemática relación entre el desplazamiento, la errancia y la traducción de lenguas en *Boarding Home* de Guillermo Rosales, escritor nacido en La Habana en 1946 que se suicida en Miami en 1993.

Manzoni reconstruye el marco crítico de las diversas formulaciones en torno al “discurso literario de la diáspora”, es decir, el problema de definir el espacio en el que deberían o podrían ser leídos los textos de aquellos escritores que, nacidos en Cuba, luego optaron por el exilio o se vieron obligados al exilio, después de la Revolución Cubana. Se detiene en los escritores que Ambrosio Fornet identifica a fines de la década del ochenta como aquellos pertenecientes a la “Nueva novela cubana de la diáspora”. De esta forma,

la investigadora inscribe *Boarding Home* en una genealogía, en donde la inestabilidad y la errancia afectaron también el destino de sus libros. Entre las imágenes del desamparo y la intemperie de los sujetos abandonados a la violencia urbana, su análisis describe con lucidez los lugares de condensación de la experiencia nómada.

Sonia Bertón recorre luego el itinerario teórico y crítico que culmina en un *exilio* lingüístico como forma de disidencia en *Maitreya* (1978), de Severo Sarduy, cuyo signo es la inquietud y la productividad reflexiva. Bertón lee la novela en el cruce epistemológico con las tesis neobarrocas del escritor y con otros universos teóricos manejados con solvencia. Entre ellos figuran la ideología del posestructuralismo, las hipótesis de Edward Said acerca del potencial crítico del intelectual exílico, las de Jacques Lacan sobre el proceso de subjetivación y aquellas de Julia Kristeva acerca de la abyección.

Para cerrar este apartado, Denise León aborda las resonancias literarias de los desplazamientos y las migraciones de las últimas décadas en *Ánima*, del cubano José Kozer, otro escritor neobarroco nacido en La Habana, en 1940, hijo de padres judíos. El estudio desentraña la sustancia de su lengua poética, eco genealógico de la diáspora judía y recuperación nostálgica de una voz que intenta rescatar del ensordecimiento del presente. Aún cuando escribe sobre temas cubanos, el español del poeta tiene un acento internacional, plagado de argentinismos, mexicanismos, españolismos, palabras en hebreo, yidish o inglés. Valiéndose de los aportes de Rosi Braidotti, León analiza la naturaleza políglota del lenguaje poético de Kozer y la traducción como única forma posible de nombrar el universo. Los tres ensayos de este apartado exploran la polisemia de las poéticas barrocas que permean la cultura cubana y la interpelan.

El último apartado reúne cuatro ensayos que abordan núcleos narrativos y ensayísticos de la literatura cubana desde la perspectiva historiográfica. Alejandra Mailhe efectúa un detallado análisis de la proteica caracterización de la negritud en distintos momentos del pensamiento de Fernando Ortiz, identificando las transformaciones de la ideología del mestizaje previas a la publicación de su clásico *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Rastrea la emergencia del concepto de “transculturación” en diálogo con otros discursos, efectuando comparaciones con ensayos producidos en Cuba, Brasil y Haití en las primeras décadas del siglo xx. Mailhe se interroga por las múltiples contradicciones que atraviesan los ensayos al pensar lo popular y, atenta a los contextos de producción, se interroga por las intenciones del discurso dominante en relación a la negritud: ¿producir conocimiento etnológico o perfeccionar el control?

En las antípodas de binarismos tranquilizadores, Mailhe desgrana la complejidad del pensamiento ortiziano, y advierte en sus primeros textos (*Los negros brujos*, *Los negros esclavos* y *Los negros curros*) la gravitación de etnólogos racionalistas como Lombroso o Raimundo Nina Rodrigues, junto a otras tradiciones discursivas, alejadas del positivismo o incluso enfrentadas a él, advirtiendo la ecléctica integración de teorías centrales por parte de Ortiz.

María Guadalupe Silva estudia la configuración de la imagen de José Lezama Lima en el libro *Cercanía de Lezama Lima*, publicado en La Habana en 1986, uno de los homenajes publicados después de su muerte. Con un sugerente andamiaje teórico que articula los aportes de Georges Didi-Huberman y Hans Belting en torno a los nexos entre imagen y muerte, Silva interrelaciona los vaivenes del espacio cultural cubano revolucionario, las estra-

tegias consagratorias que lograron institucionalizar la resistencia de Lezama y las paradojas de su propia escritura con los últimos intentos por monumentalizar su inasible figura.

En el tercer ensayo de este apartado, Carmen Perilli despliega un inteligente análisis en torno a las ficciones de autor en dos narraciones de Leonardo Padura Fuentes: *La novela de mi vida*, novela histórica, y *Adiós Hemingway*, inscripta en el género policial. Ambas operan un giro significativo en la tradición literaria cubana. En la primera, Perilli analiza la configuración contemporánea de José María Heredia; en la segunda, la del novelista estadounidense Ernest Hemingway. Ambas establecen una dramática vinculación entre el derrotero de sus personajes y la historia de la isla, con sus continuos flujos migratorios. Finalmente, el análisis de Graciela Salto se detiene en la resignificación de los tonos y las voces de los poetas cubanos del siglo xix en algunas intervenciones críticas de los últimos años, tales como las de Antón Arrufat y Ambrosio Fornet. La investigadora aborda la reciente actualización del “tono sencillo” de José Jacinto Milanés, de los matices “semi-andaluces” de José María Heredia y de las voces guajiras de Cirilo Villaverde. A su vez, considera la valoración contemporánea de los “tonos inadecuados” de las coplas de Gabriel de la Concepción Valdés, más conocido como Plácido. De esta forma, concibe un repertorio de voces que ya no pueden recuperarse como materialidad sino sólo como “acontecimiento”, desplaza las figuras consagradas y expande la posibilidad de oír otros tonos en sociedades cada vez más inestables y fragmentadas.

En suma, los estudios reunidos en *Ínsulas y poéticas* desgranar, con lucidez crítica y solidez teórica, algunas de las posibilidades significativas de estas litera-

turas proliferantes e inasibles que conforman la literatura caribeña.

Ariela Schnirmajer
(Buenos Aires)

Danny Méndez: *Narratives of Migration and Displacement in Dominican Literature*. New York/London: Routledge 2012. 213 páginas.

Este volumen de Danny Méndez, profesor de Español y Estudios Globales en Michigan State University, resulta una bienvenida y necesaria rearticulación crítica de las narrativas migratorias y diaspóricas dominicanas contemporáneas. Como bien aclara Méndez hacia el final del libro, ésta no es una preocupación aislada y coyuntural, sino más bien una re-conexión, lograda a través de sólidas herramientas teóricas, con los trabajos de críticos como Daisy Cocco De Filips y Silvio Torres-Saillant.

El volumen se divide en cuatro capítulos, además de una introducción y palabras finales.

En la sección introductoria, titulada “Emotional Creolization within Dominican Narratives of Immigration –The affective Life of the Diasporic Subject”, con influencias explícitas de Raymond Williams y su concepto de estructuras de sentimiento (p. 5), Danny Méndez elabora cuidadosamente su concepto de ‘criollización emocional’ (*emotional creolization*) y nos presenta el complejo cuadro teórico que sustenta su libro. Para ello, Méndez pone énfasis en cómo se han transformado las maneras de imaginar las migraciones dominicanas en los Estados Unidos a través de un análisis socio-histórico crítico de las normas expresivas, actitudes y sentimientos identitarios manifiestos, por

ejemplo, en las obras de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) y Josefina Báez (1960). Méndez argumenta que, aunque separados por casi un siglo, ambos sujetos diaspóricos se enfrentan a las particularidades coyunturales que conlleva ser dominicano en Nueva York renegociando códigos transnacionales para responder a las diferencias étnicas, raciales y de clase dentro de “la máquina de identidad Americana” (p. 3). Méndez propone que, para entender mejor estos complejos procesos de (re)negociación transnacionales en la producción cultural dominicana, debemos considerar el papel desempeñado por la “criollización” (*creolization*) como “marker of national, cultural, and social development in the Dominican Republic [that forms] part of the creolization process in the Caribbean as a whole” (4). Por un lado, Méndez analiza cómo ciertas experiencias de hibridez cultural, de lenguas, raza, etnicidad, género y sexualidad se forjaron en las sociedades caribeñas; y por otro, nos presenta cómo esa criollización (emocional) siempre ha estado vinculada a la globalización desde comienzos del siglo XVI, formando una comunidad transatlántica híbrida (p. 4). Es a partir de aquí cuando Méndez subraya, inteligentemente, que los cambios codificados en el lenguaje, en las relaciones de género y de clase, así como en la conciencia étnico/racial de los migrantes dominicanos en los contextos de Puerto Rico y los Estados Unidos “are somatized by an emotional crisis” producida no solamente por una alienación afectiva que marcan las coordenadas de lo familiar hacia lo no-familiar, sino también por las dinámicas de la criollización que medió en el proceso migratorio (p. 5). Esta complejísima sección concluye subrayando que la ‘criollización emocional’ a lo largo de este volumen contendrá “the tensions and diffractions of language and cultural pro-

duction that define the term of creolization itself, but turns us towards their inscription and manipulation at an emotional level, lending a psychodynamic axis to the facts of political and cultural identity” (p. 11). Méndez propone entonces que “the crucial site of exposure in which creolization becomes aware of itself as a process is, for the diasporic subject, the United States, rather than solely the Caribbean; and thus, the subject’s site of sensibility are distributed” (11). Por ende, su objetivo será ilustrar y analizar instancias de creación y reproducción culturales simultáneas en estas comunidades migratorio-diaspóricas o ‘zonas de contacto’ en donde convergen y se desensamblan cuestiones de raza, etnicidad, lengua, sexualidad, género y clase, generándose un mapa textual y performativo de la dominicanidad transnacional contemporánea.

El capítulo primero, “Culture and the City Experience(s): Pedro Henríquez Ureña’s Critical and Creative Encounters with the U.S.”, se centra, como indica el título, en Pedro Henríquez Ureña, su condición “as a man of exile” (p. 27) en búsqueda continua y repetitivos reencuentros con una ‘dominicanidad’ pero fuera de la República Dominicana. A partir de una extensa vida marcada por viajes que lo llevaron a recorrer América Latina y el Caribe en general, Henríquez Ureña fue forjando su propio vocabulario de una identidad nacional mientras iba observando críticamente la inestabilidad sociopolítica que afectaba no sólo a la isla sino al resto del continente (p. 27). Méndez explica primero con lujo de detalles cómo Henríquez Ureña, después de publicar en Cuba su primer libro de ensayos críticos a comienzos del siglo XX, se establece en el México posporfiriato convirtiéndose en figura central en los debates filosóficos y literarios en torno al mestizaje racial y las luchas por la inclusión de la presencia

indígena en la narrativa identitaria nacional. Luego, Méndez explora críticamente en el resto del capítulo cómo Henríquez Ureña, específicamente en sus memorias, enfrentó su condición de mulato integrante de la élite dominicana en los Estados Unidos durante la era del celeberrimo Jim Crow, la cual estuvo matizada por la segregación, el racismo y la sistemática represión de los derechos civiles de los afrodescendientes. Paradójicamente, como vemos en los próximos capítulos, la ‘criollización emocional’ protoconsciente de Henríquez Ureña produce en sus memorias una auto censura que silencia “racial shocks” para privilegiar otros ángulos afectivos (p. 70). En síntesis, a largo del capítulo, Méndez logra trazar, a través de las experiencias precursoras de Henríquez Ureña, un mapa “[of] a transnational affective subjectivity [of Dominicans] in relation to a national home that was ever in danger of being lost, within the host country that was powerful enough to be blind to its own violence” (p. 67).

El segundo capítulo, “Floating Borders: Displaced Dominicans in Puerto Rican Memoirs and Narratives”, nos presenta otro lado de las diáspora dominicana, esta vez en la vecina isla de Puerto Rico. Méndez arranca fuerte y sólido en este capítulo, adentrándose inmediatamente en las complejidades del proceso de formación de una “condición puertorriqueña” y de una identidad étnica nacional que simultáneamente tiene que negociar con dos crisis socio-políticas diferentes; por un lado, las reacciones nacionalistas en Puerto Rico a la anexión a los Estados Unidos, y por otro, el estado de emergencia crítica que ha generado el trujillato en la República Dominicana y la emergencias de una comunidad migrante dominicana. Méndez nos provee en este capítulo de una selección de textos que irán ilustrando de maneras diferentes cómo se ha representado la

migración dominicana hacia y en Puerto Rico, “beginning with the early presence of a Dominican exiled community that came into being as the result of the persecutions of the Trujillo dictatorship and culminates with the consolidation of this community within Puerto Rican narratives of the 1980s” (p. 71). Para ello, comienza analizando *La luna no era de queso: memorias de infancia* (1988), de José Luis González, serie de cuentos que tratan sobre la experiencias de la comunidad dominicana en 1940, sobre todo porque si bien dicha comunidad exiliada en Estados Unidos que vemos en la obra de Henríquez Ureña resultaba embrionaria y se silenciaban los choques raciales, en el caso de González, quien trabaja casi toda su vida en Puerto Rico, asistimos al definitivo desarrollo y consolidación de comunidad diaspórica dominicana “in the face of the emerging dominance in the school and on the Street of Puerto Rico national discourses of the 1930” (p. 70). Más adelante Méndez gira su análisis hacia Ana Lydia Vega y Magali García Ramis y a partir de una inteligente crítica retrospectiva, logra producir una suerte de arquetipo de la migración dominicana dentro del imaginario nacional puertorriqueño en el siglo xx.

El tercer capítulo, “A How-To Guide to Building a Boy: Dominican Diasporic Subjectivities in Junot Díaz *Drown*”, se enfoca en textos de la ‘era posTrujillo’ en los Estados Unidos, para analizar los códigos negociados entre identidades colectivas e individuales en lo que Méndez define como una las zonas de contacto donde el sujeto diaspórico Dominicano se estructura: “the moment of displacement and the moment of *return*” (p. 117). Méndez sugiere lúcida-mente, siguiendo a Freud, cómo ese ‘regreso’, que no debe ser entendido literalmente como el regreso al lugar de origen, sino como “marked by the uncanny, which is not only characterized by and anxiety cau-

sed by the return of the repressed, but by the sense of helplessness” (p. 122) marca a todos los personajes de la obra del escritor Junot Díaz. Este capítulo complica mucho más las ya complejíssimas estructuras afectiva subrayadas en las narrativas diaspóricas dominicanas con la inclusión de análisis sobre la imbricación de sexualidad, género, raza en las ‘zonas de contacto’ del sujeto nomádico que nos presenta Díaz.

El capítulo cuarto resulta entonces una lógica progresión de los temas anteriores. Titulado “Crooked City Women: A Reading of Gender, Race, and Migration in Narratives of Two Dominican Women Writers”, comienza recordándonos que esa sensación dual familiar-no familiar, o ‘uncanny’ como se define anteriormente, sorprende y persigue al sujeto nomádico-diaspórico, en el espacio del lenguaje, pues será a través de la lengua dominante de la sociedad que le ‘acoge’ como estos sujetos tendrán que aprender no sólo nuevos ‘hábitos’ sino los modos estratégicos para desestabilizar las estructuras hegemónicas y fundar una identidad anclada en la sensación de pertenencia. Méndez, para redefinir la idea “[of] home as a tangled, crooked concept” (p. 177) analiza entonces dos textos posmodernos de escritoras dominicanas diaspóricas: “Dominicanish” (2000), un texto/performance de Josefina Báez, y “Geographies of home” (1999), una novela escrita por Loida Marita Pérez. Méndez propone cómo en ambos textos la sensación de sentirnos ‘como en casa’ en la diáspora depende en gran medida de la sensación de pertenencia a un lugar, aun cuando éste es resultante de una muy humana y artificial construcción afectiva. Además, Méndez logra mostrar cómo los textos reconfiguran una manera muy particular de *dominicanidad* (p. 177) en el contexto de la diáspora dominicana en Nueva York mediante la explícita proposición de un lenguaje o voz que es “simultaneously

engaged in the process of undoing and redoing the coordinates that make up the individual and collective notions of home they each experience in gendered and racial terms in the United State” (p. 178).

La sección “Afterword” concluye este lúcido y extremadamente bien concebido volumen analítico/crítico subrayando que la migración complica y cuestiona las nociones de identidad nacional, racial, sexual, clasista y de género en las zonas de contacto atravesadas por los sujetos diaspóricos dominicanos tanto en los Estados Unidos como en Puerto Rico. Esas complejidades, afirma Méndez, afloran en los textos y performances mostrándonos múltiples experiencias de la vida diaria en las continuas batallas de los sujetos migrantes, demostrando que la dominicanidad no es una esencia sino una continua renegociación combativa, signada por dinámicas interculturales e interétnicas dentro de lo que Méndez ha concebido como criollización emocional, “the by-product of mechanisms of identity constructions that draw from the legacy of racial and ethnic cultures defining the Caribbean region as whole, while it also draws upon the mixture of ethnic groups in the United States and their own trajectories of myth and identity” (p. 182).

Para quienes trabajamos y enseñamos en los siempre mutantes campos de los estudios culturales diaspóricos caribeños, en general, este excelente libro de Danny Méndez resulta desde ya indispensable, sobre todo por su atención puntual al trazado analítico y crítico de los procesos históricos que intervienen activamente en la reconfiguración de la *dominicanidad* dentro de las coordenadas previas y posteriores a los continuos desplazamientos hacia los Estados Unidos y/o Puerto Rico.

Pedro P. Porbén
(Bowling Green State University)

Carolina Rocha/Montes Garcés, Elizabeth (eds.): *Violence in Argentine Literature and Film, 1989-2005*. Calgary: Calgary Press. (Latin American and Caribbean Series, n° 8) 2010. 251 páginas.

Pensando en los grandes conceptos que explican la cultura latinoamericana uno podría preguntarse si existe un concepto más amplio, una explicación teórica actual. Los más importantes son: civilización y barbarie, la naturaleza devoradora y lo real maravilloso. Un elemento común a estos tres es la violencia. En Argentina se podría escribir una historia de la literatura siguiendo este hilo rojo que comienza con “El matadero” de Esteban Echeverría. Esta compilación de estudios, que enfoca la violencia en la literatura y el cine argentinos, aporta muchos ejemplos y argumentos que dejan conocer un modelo explicativo sin trazar una genealogía histórica unívoca. Los once artículos, sin encuadrarse en un marco teórico común, logran una coherencia interna que reside en la crítica de la violencia posdictatorial. Esta violencia se vincula al discurso urbano. Las grandes ciudades latinoamericanas son el foco de las representaciones de las nuevas formas de violencia que suceden en ellas. El tiempo abarcado por los artículos comienza en 1989, un año decisivo, marcado por la hiperinflación anterior y la elección de Carlos Menem como presidente.

Los once artículos están repartidos en tres capítulos que muestran aspectos importantes del tema general. La introducción de las editoras presenta un panorama bien estructurado de la temática casi omnipresente. La violencia como fenómeno social forma parte de la historia humana. Aquí, en el contexto argentino, viene explicada por la debilidad del Estado, que es incapaz de ejecutar su monopolio en un marco de jus-

ticia garantizada para todos. Las editoras preguntan cómo se cambia la violencia en la era del capitalismo tardío y de la globalización. Las respuestas que después seguirán en los artículos indican un principio general que rige también en tiempos posnacionales: sin monopolio estatal de la violencia ni sistema jurídico fiable y fuerte, la sociedad civil corre grandes riesgos. En Argentina, una causa del problema fue la política del punto final de Carlos Menem. La impunidad, sin embargo, es —como se destaca con razón— un fenómeno general que bloquea muchas sociedades democráticas en América Latina.

Los artículos reunidos no siguen una sola línea teórica, pero la introducción destaca el marco de los estudios poscoloniales. Sin hablar de los “subalternos”, hacen hincapié en los criterios de clase, de raza y etnicidad. Por eso, el enfoque es interdisciplinario, ya que el objeto principal del libro son películas y textos literarios. En la introducción se resume muy sucintamente las tendencias que caracterizan la producción cultural. Se destaca el cambio de perspectiva desde la víctima al victimario. Aparentemente, las editoras y la gran mayoría de los autores de este volumen presuponen la existencia de conexiones directas entre fenómenos socio-políticos y fenómenos culturales. Hubiera sido interesante profundizar estas conexiones de manera más detallada. Se podría resaltar justamente que “la cultura de la violencia” caracteriza muchas sociedades latinoamericanas y sus sistemas políticos. Las políticas de mano dura y las doctrinas de seguridad nacional, muchas veces apoyadas por Estados Unidos, crearon esta cultura de la violencia.

Una gran parte de los artículos afirma más o menos explícitamente la tesis de que la violencia no se acabó en los tiempos democráticos del neoliberalismo, sino que cambió sus formas. Los autores no dejan

ninguna duda en cuanto al gobierno del presidente Carlos Menem. El uso político de la reconciliación como horizonte utópico en tiempos postutópicos marcó profundamente el imaginario social argentino. Este intento de conciliar (a través de la impunidad) la tensión entre las necesidades sociales y la economía de mercado (neo)liberal fracasó definitivamente en 2001. Este fracaso hizo estallar los conflictos sociales y económicos no resueltos en una multiplicación de fenómenos violentos.

Otra tendencia que caracteriza muchos artículos de esta compilación es justamente la presencia de los símbolos tradicionales de esta cultura de la violencia política y social. Es como si el debate de civilización y barbarie hubiera renacido.

El primer capítulo, “The Legacy of the Military Years”, que consta de cuatro artículos, se dedica a la cuestión de la memoria. Esta abertura se impone, de hecho y lamentablemente, porque incluso si se enfoca la situación actual en un lapso de tiempo bien determinado de un pasado reciente, las consecuencias del terrorismo del Estado practicado en la época del proceso siguen manifestándose. Prácticas como la desaparición de personas detenidas y la tortura no pueden no dejar huellas tanto en la vida real como en el imaginario y en la cultura de una sociedad. Por eso resulta muy justificado que Fernando Reati comience este primer capítulo. Su libro *Nombra lo innombrable. Violencia política y novela en Argentina* (1992) marca un hito en los estudios de la memoria argentinos y latinoamericanos. Reati, basándose en el concepto de la ruina de Walter Benjamin, muestra que el mercado neoliberal, trató en vano de implementar un presente atemporal del consumo para excluir o hacer olvidar el pasado traumático. En su aportación a este volumen investiga la cuestión de la traumatización. Como ejemplo principal se sirve de la novela *Ausch-*

witz, de Gustavo Nielson, que se relaciona con otros textos de Alejandra Pizarnik, Luis Guzmán, José Pablo Feinman y Hugo Vezzetti. Reati toma en cuenta el cambio medial y logra presentar los aspectos cruciales del tema que también se pueden aplicar para el estudio de las películas. Partiendo de la tesis central de *La banalidad del mal*, de Hannah Arendt, el autor resalta que la dicotomía entre “nosotros” y “ellos”, entre buenos y malos, es falsa (p. 9). Con esto no deja ninguna duda de que ni el nacionalsocialismo alemán, ni la última dictadura militar argentina hubieran sido posibles sin la participación activa de muchos y el consenso de la gran mayoría de la población. Este reconocimiento ya no reciente, sigue vigente; pero Reati da un paso más. Al señalar la temática de las “micro-responsabilidades” de cada individuo, menciona también la inevitable “estetización” de la violencia. La estrategia narrativa de la novela *Auschwitz* estetiza la tortura de forma radical y extrema para desafiar al lector.

El segundo capítulo presenta bajo el título “Paradise lost” cinco películas repartidas en tres trabajos. El primero, de Caroline Rocha, trata las películas *La furia* de Juan Bautista Stagnaro y *Cenizas del paraíso* de Marcelo Piñeyro; en el segundo artículo, Gabriela Copertari analiza *El cielito* de María Victoria Menis; en el tercero, Beatriz Urraca compara *El aura* de Fabián Bielinski y *El custodio* de Rodrigo Moreno. En conjunto, estos análisis muestran la vitalidad de la producción cinematográfica en Argentina. Las películas analizadas afirman la tesis de la transformación de la violencia en tiempos neoliberales como elemento común y también como marca simbólica en el mercado, como acertadamente expone Gabriela Copertari (p. 111). Esta marca de la violencia recurre a los esquemas mentales de una cultura marcada por la violencia. Entre ellos des-

taca la ya señalada dicotomía de civilización y barbarie que, como indican los autores, parece renacer en la estética del neorrealismo. Por lo tanto, los análisis hacen hincapié en las estructuras espaciales y en el tema urbano, que no puede ser comprendido sin la referencia al campo.

El tercer capítulo, titulado “The Re-Signification of Social and Geographical Spaces”, incluye cuatro artículos dedicados también al cine. El tema central es la violencia urbana, con Buenos Aires como ejemplo. Ignacio López-Vicuña y Natalia Jackovis presentan *Bolivia* de Adrián Caetano; Zulema Moret estudia *Un día de suerte* de Sandra Gugliotta, *Vagón fumador* de Verónica Chen y *Hoy y mañana* de Alejandro Chomski; Victoria Ruétalo, *Cóndor Crux, la leyenda* de Juan Pablo Buscarini; Swan Glecer y Pablo Holcer, *Moebius* de Gustavo Mosquera y *La sonámbula* de Fernando Spiner. Esta sección, de título más concreto y contenido más homogéneo, es, sin embargo, la más heterogénea, pues la variedad de referencias teóricas es amplia. Una conclusión posible es el reconocimiento de un cambio del paradigma. La representación de la ciudad se basa en los principios de la heterogeneidad y de la diversidad. Ambos se manifiestan en una conciencia de la percepción, no solamente de la mirada sino también afectiva y emocional, que tiene su base en la literatura. En esta sección queda claro que queda poco espacio para la riqueza de las ambivalencias emotivas y perceptivas que caracterizan las representaciones modernas de Buenos Aires. Esto no significa que la simultaneidad heterotópica de los mundos interiores y exteriores no exista, pero están marcados por un pesimismo profundo y un desarraigo social que parece exigir una nueva estética neorrealista. Más que crítica social, se expone también una poética de la mirada, que en este caso consiste en un voyeuris-

mo pasivo. El sujeto como centro de la mirada ya no tiene un papel activo. Condenado a mirar sin comprender el desastre económico neoliberal (p. 149), pierde su capacidad de actuar como sujeto autónomo. La consecuencia es la pérdida de los bandos que convierten a un grupo de individuos en una comunidad.

En el fondo, este capítulo adopta una perspectiva transcultural. El resumen pesimista del estado de las cosas resalta los peligros de la globalización bajo el signo neoliberal, pero al mismo tiempo evoca la pregunta por la pertenencia a un colectivo que no corresponda al narcisismo del discurso nacional y racista que necesita la denigración de los otros, sean extranjeros o ciudadanos del propio país.

Los once artículos compilados en este volumen presentan aspectos cruciales de la producción narrativa y cinematográfica entre los años 1989 y 2005. Carolina Rocha y Elizabeth Montes Garcés ofrecen al lector un panorama muy sugerente de la literatura y sobre todo del cine argentinos en el umbral del siglo XXI. Su libro es una invitación a la literatura, al cine y a la reflexión sobre el fenómeno universal de la violencia, que está inscrito también en la historia de un país que no deja de sorprender por sus peripecias y su fascinante capacidad creativa.

Roland Spiller
(*Johann W. Goethe Universität,*
Frankfurt)

Rosalía Baltar: *Letrados en tiempos de Rosas*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata 2012. 250 páginas.

La imagen tradicional del Río de la Plata durante la época de Rosas (1829-

1852) ha sido revisitada en estos últimos años por autores con distintos enfoques disciplinares. Asistimos a un panorama revitalizado de ese mundo tan caro a la imaginería argentina, a la formación temprana de sus pasiones, a las reivindicaciones y los denuosos de los relatos de la historia y la literatura fundacionales, que se ve enriquecido, otra vez, con la lectura que nos propone Rosalía Baltar en su *Letrados en tiempos de Rosas*.

Habría que decir, en primer lugar, qué se entiende por “imagen tradicional” y, en este sentido, nos referimos rápida y quizás imprudentemente, a las ideas más generales que la historiografía de los vencedores de Caseros —ya sea Mitre o López— y a la literatura que de esa época hemos heredado, la literatura que los proscritos —Echeverría o Sarmiento, por citar a algunos— nos han ofrecido. Para entrar de lleno en el ámbito que nos presenta este libro, es decir, el ámbito de la cultura letrada del período referido, debemos señalar que, en rigor, poco o nada cambia de esa imagen en una dirección, y mucho o todo, en otra.

Poco es el cambio respecto de lo que vamos a seguir denominando “literatura”. En este lado del Plata, como muy bien lo supuso Ricardo Rojas en su hora, no existió una palabra “literaria” sino en la escritura de los exiliados. Las cuatro primeras pinceladas de la literatura argentina seguirán quedando en manos del poeta pensador, Esteban Echeverría, y la fuerza y la potencia de la escritura continuarán pasando por la destreza y la inteligencia estilística de Sarmiento.

Sin embargo, en otra dirección, sí que este estudio nos provee de una imagen del siglo XIX que provoca una apertura en el escenario local del momento. Introduce, en principio, la presencia de personajes escasamente estudiados en el ámbito de las letras, tal es el caso del bibliófilo napolitano Pedro de Angelis (capítulo 2, espe-

cialmente), alguno de sus connacionales como el arquitecto reggiano Carlo Zucchi, el tipógrafo Giuseppe Venzano, el astrónomo Ottavio Mossotti quienes desarrollaron total o parcialmente sus carreras profesionales en América y que, según la presente investigación, formaron parte de una sociabilidad y una visión de las letras y las bellas artes ligadas al *ancien regime* y a prácticas neoclásicas pero que portaban elementos de carácter romántico, a veces no deseados por ellos mismos (capítulo 1). Venidos en el marco de las reformas impulsadas por Rivadavia, estos auténticos profesionales interactuaron con el mundo del rosismo, con sus fiestas y sus periódicos, con los hombres que formaban parte de sus huestes y con sus enemigos. Así, lo que resulta más interesante de este escenario se desprende de las relaciones que los letrados establecen entre sí y que Baltar asocia con un tipo de pensar la tarea intelectual en tanto *colaboración*, por una parte, y de las que construirán con otros, muchas veces en tensión y disputa, a través de las polémicas abiertas –como la sostenida por de Angelis con Esteban Echeverría– o veladas –la que puede vislumbrarse en las biografías de Juan Manuel de Rosas, publicadas en 1830, una de Pedro de Angelis y la otra, en verso, del periodista rosista, Luis Pérez (capítulo 3)–.

Así, la autora profundiza ciertas investigaciones previas esbozadas desde diferentes ámbitos, tal es el caso del exhaustivo estudio documentalista de tipo biobibliográfico de Josefa Emilia Sabor sobre la figura de Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina, de Ana María Amar Sánchez en torno a las tensiones entre de Angelis y Luis Pérez desde la literatura, las tesis esgrimidas por Jorge Myers relativas a la figura de De Angelis en el marco de la historia intelectual y los estudios de Fernando Aliata y colaboradores con base en el Archivo Zuc-

chi y sus distintos acercamientos a éste en el plano arquitectónico, artístico, urbanístico e historiográfico.

Indagando en las habilidades lingüísticas desplegadas en la correspondencia privada, periódicos, colecciones y biografías el libro provoca el montaje de un escenario muy vivo de la palabra que lucha entre estéticas diferentes y entre miradas diversas acerca de lo político y el uso del poder. Como señala la autora, “hay bullicio en Buenos Aires, antes y durante la aparición de *Los consuelos* o del más tardío *Fragmento preliminar al estudio del derecho*” (p.14). Se suman a ello algunos emprendimientos editoriales, de imprentas estatales y privadas, en las que se publican la importante “Colección de obras y documentos relativos al Río de la Plata” o el diario trilingüe *Archivo Americano o Espíritu de la Prensa en el Mundo* –ambas publicaciones llevadas adelante por Pedro de Angelis–, que contribuyen a mostrarnos la época de Rosas bajo una óptica que sugiere el movimiento y “la existencia de un campo en ciernes y por cuyo dominio y control se lucha, se debate, se pelea y en el que se establecen alianzas, pactos y concesiones”, de manera tal que, concluye Baltar, puede esbozarse el Buenos Aires de entonces “no sólo como una gran charca de sangre sino como un cuadro en el que prima la perspectiva, el rasgo, el punto de vista, la luz, la densidad y el matiz” (p.15).

Rosalía Baltar es doctora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina, y ha publicado, con anterioridad a este volumen, una antología sobre *El Zonda* de Sarmiento (Estanislao Balder, 2001), coeditado tres libros –*Escenas interrumpidas de la Literatura argentina* (Ediciones Suárez, 2006), *Figuraciones del siglo XIX. Libros, escenarios y miradas* (Finisterre, 2007) y *Escenas interrumpidas II. Imágenes de fracaso, utopías y*

mitos de origen en la literatura nacional (Katatay, 2012), además de artículos en revistas especializadas.

Carlos F. Hudson
(UNMDP-CONICET)

Catherine Pélage: *Diamela Eltit. Les déplacements du féminin ou la poétique en mouvement au Chili*. Paris: L'Harmattan 2011. 106 páginas.

El libro de Catherine Pélage está dirigido, de más está decirlo, a un público lector francófono. Es un volumen corto en páginas y hondo en contenidos, como corresponde a un escrito debido a una de las mayores estudiosas de la obra de Diamela Eltit, a quien ha dedicado parte de su tesis doctoral, *Marginalisation et transgression chez les romancières chiliennes du XX^e siècle* (Université Paris IV, 1999) y como cabe esperar de quien sabe que las traducciones francesas de ensayos y novelas de la escritora chilena han tenido una recepción considerable más allá del hispanismo universitario.

La estudiosa anuncia en el título con rigurosa concisión los aspectos capitales en torno a los que pergeña y zurce el volumen: los desplazamientos conducen a la transgresión de las fronteras al uso, sean geográficas, políticas, literarias o genéricas. Así se explica que la obra de Eltit, concebida, gestada y en buena medida escrita durante los muchos años de la dictadura de Pinochet, sea réplica airada, rechazo persistente y desobediencia franca al régimen. Y sobre todo, lucha contra los varios tipos y especímenes, vituperios, anatemas y aprisionamientos políticos de la dictadura.

Esta breve monografía de Catherine Pélage muestra que la obra de Eltit denun-

cia, al socaire de una escritura en filigrana, usos y abusos políticos y literarios desde posiciones y enunciados que confieren a lo femenino espacios sociales nuevos. No es, por tanto, casual que sus novelas y ensayos hayan sido a la vez objeto de múltiples estudios y de feroces embestidas. A ello se suma un aspecto característico de la autora que la estudiosa subraya: su compromiso con lo femenino y su lucha por el espacio que le corresponde a la mujer en la sociedad están filtrados por el poder de una lente crítica cuyos efectos tienen largo alcance y que ni siquiera se detienen ante los escritos feministas.

José Manuel López de Abiada
(Universität Bern)